

POR LOS PEQUEÑOS

EL DESAYUNO ESCOLAR

Sería falsa modestia hacerme el desentendido. Amigos cariñosos pretenden obsequiarme, y, con el mejor deseo, acaso no aciertan con el obsequio de mi gusto. ¿Queréis saber lo que más pudiera satisfacerme? Nada de banquetes, nada de exhibiciones; podéis suponer que por grande que fuera mi vanidad personal, estaría ya bien satisfecha.

Empieza el invierno; hay una obra meritoria que no consigue prosperar, en lucha con la indiferencia: la obra del Desayuno Escolar. Yo os agradecería con toda mi alma que ese fuera el obsequio: contribuir a ella en lo que habíais de contribuir a obsequiarme en otra forma. A todos nos quedaría mejor recuerdo; la buena obra del Desayuno Escolar, atendida, será el mejor obsequio para mí y un obsequio más duradero en el corazón de todos los que nos unamos en el amor a los niños.

Si me creéis capaz de una gran vanidad, permitidme que me envanezca de este modo; si me estimáis lo bastante para creer que llevo más alto el corazón que la inteligencia, ya que por amigos os estimo más que por admiradores, sea el obsequio de corazón a corazón. Así el día que me sienta vanidoso, podré decir: "¡Gracias a mi talento, he procurado el desayuno a muchos pobres niños!" Y el día que me sienta modesto, por lo menos tendré el consuelo de pensar: "¡Yo no tendré mucho talento; pero los pobres niños de las escuelas tienen su buen desayuno en las mañanas del invierno!"

De suerte que ya lo sabéis: con este obsequio no me obsequiáis para un día solo, que sería de vanidad; me obsequiáis para muchos días: unos, de vanidad; otros, de modestia, que allá se van alternados, como los días tristes y los alegres; pero todos son buenos cuando sobre su variable temperanza ponemos algo que esté sobre nosotros mismos, sobre nuestras arrogancias o nuestros desalientos.

* * *

Siento molestar a mis lectores con asunto referente en parte a mi persona, aunque, por tratarse de una obra buena, tenga ya más alto interés para todos. Pero debo satisfacción a cuantos han respondido generosos, y es justo que responda la gratitud en donde mismo se elevó el ruego.

De todas partes llegan a mí ofrecimientos en favor del "Desayuno Escolar" y también importantes donativos. Gracias a todos. A Rosario Pino, la insigne actriz, que ofrece el producto íntegro de la función inaugural de su temporada en Valladolid. Y, en este caso, yo me atrevo a solicitar de Rosario Pino que la mitad del ingreso se destine a La Gota de Leche, institución fundada en Valladolid. Del mismo modo, cuantos beneficios se den en teatros de provincias deben repartirse entre la institución madrileña y alguna que, con el mismo fin de protección a la infancia, exista en la provincia.

La Empresa del teatro Español y, al frente de ella, Matilde Moreno, la gran artista de todas las delicadezas, se apresuraba a ceder el ingreso de otra función que ha sido aplazada a ruegos de la Comisión organizadora de estos beneficios.

El Círculo de Bellas Artes me anuncia en carta de su presidente, D. Alberto Aguilera, que destina la cantidad de 1.000 pesetas para el "Desayuno escolar".

El primer actor D. Luis Echaide me ha entregado la cantidad de 500 pesetas, importe total de su sueldo durante los días en que ha actuado en el teatro Español. Luis Echaide no quería cobrar dichas funciones y sólo ha aceptado el cobro con la idea de ofrecerme esa cantidad.

En carta que firma "Un admirador" me envían 25 pesetas; D. Santiago Aragón, otras 25;

el Sr. Gazul, de Llerena, otras 25; el Sr. Sabito, de Infesto, 7,50. Muchas gracias a todos.

Ahora yo suplico a los que me anuncian el envío de otros donativos y a los que me preguntan a quién han de enviarlos, esperen por unos días hasta que pueda organizarse convenientemente. Yo tengo sobradas ocupaciones para entender en esto.

Muchas son también las solicitudes para que se atienda a otras instituciones benéficas todas muy laudables y muy dignas de ser atendidas; pero como atender a todas es imposible, preferible es atender a una sola con resultado.

Una hay, sin embargo, que yo creía identificada con el "Desayuno escolar", y aunque no sea una misma en la organización, identificada está en el propósito. Es la institución de las Cantinas Escolares. Como todo hace esperar que la recaudación ha de ser importante, bien puede repartirse el ingreso entre las dos benéficas instituciones, ya que las dos realizan la misma buena obra y mal puede haber división ni rivalidad entre ellas. De todas suertes, como el ofrecimiento primero fué al "Desayuno escolar", no he de ser yo quien decida; apelo a la generosidad de los señores organizadores de esta última institución, y creo que no apelaré en vano.

Entre los acuerdos de la Comisión reunida para festejarme hay uno con el que no puedo estar

conforme, y perdone la respetable Comisión. Todo cuanto redunde en beneficio de los pobres niños me parece de perlas, aunque sea a costa de mi exhibición personal. Pero la idea de erigirme un monumento, por sencilla que sea, tendrá siempre mi oposición más decidida. Soy enemigo de esos homenajes en vida, mucho más si la vida, por desgracia o por dicha, aun no toca a su acabamiento. Yo no sé si habré ya escrito mis mejores obras; pero sé que aun puedo escribir las peores. Esos homenajes esculturales que, por serlo, tienen algo de funerarios, sólo pueden discernirlos con serenidad las generaciones futuras. ¿Qué sabemos lo que pensarán, los que vengan, de nuestras obras? Pesa mucha literatura sobre la Humanidad y de cada vez se impondrá una selección más depurada.

Necesitan estos monumentos, además, para su contemplación gentes desapasionadas; pero mientras vivimos entre amigos y entre enemigos personales, ¿quién sabrá decirnos dónde acaba la pasión y dónde empieza el conocimiento?

No, por Dios; nada de monumentos: todo para los niños pobres.

Y otra vez pido perdón a mis lectores por haberles hablado de mí; vaya en gracia de la intención.

Por fin, el señor jefe superior de Policía, tan riguroso cumplidor de la Ley de protección a la infancia, cuando de espectáculos teatrales se tra-

taba, se ha convencido de que lo menos perjudicial, el trabajo menos penoso para un niño es el de representar un corto papel en el teatro.

Era ridícula esa severidad en el trabajo de los niños en el teatro, cuando a todas horas del día y de la noche andan infelices criaturas tiradas como perros por esas calles; cuando niños de cuatro y de cinco años vocean periódicos a las altas horas de la madrugada; cuando hay vendedoras de periódicos y décimos de lotería, menores de edad, que, como los horteras complacientes, siempre le preguntan al comprador: ¿Desea usted algo más? No hablemos de los botones y recaderos de Círculos y hoteles que, por razón de su oficio, muy semejante, en ocasiones, al que Cervantes tenía por muy necesario en toda república bien ordenada, han de enterarse y entender de todo.

Y ya que de niños hablamos, a las muchas personas que a mí se dirigen, interesadas en la buena obra del "Desayuno escolar" y de las Cantinas, les diré, que, nombrada una Comisión, ella es la que ha de disponer lo más conveniente.

A mí estas andanzas, por ahora, no me han traído más que disgustos y molestias. A disposición de la Comisión está lo recaudado por mí; y en cuanto a la nube de pedigüños que de continuo me envía solicitudes y memoriales, ha de saber que el cargo de académico no tiene asignadas rentas ni sueldos; que agradezco mucho las postales alegóricas, mesas revueltas, platos pintados y

otras chucherías, como toda prueba de admiración, siempre que sea, por lo menos, gratuita. Sí, por Dios. "¡Basta de aplausos ya, bravos peche-ros!"

La buena obra del "Desayuno escolar", de las Cantinas escolares, está en buenas manos, y es seguro que se salvará del infructuoso destino de ir a estrellar el cielo.—¿Por qué ha de decirse empedrar el infierno, cuando de buenas intenciones se trate?—Ninguna buena intención se pierde, aunque no pase de la intención. Toda simiente espiritual fructifica, más tarde o más temprano, en la realidad práctica.

Si fueran graves y sesudos varones los encargados de llevar a cabo el buen propósito, no habría que fiar mucho en su realización. Todo se perdería en discusiones, Memorias y nombramientos de cargos. Las señoras son más expeditivas en todas sus resoluciones, discuten andando; sus discusiones no son por discursos en severas sesiones, sino por réplicas animadas y vivas en charla amistosa. Las señoras son únicas también en el manejo y dominio de las cifras. Mientras los hombres necesitan servirse de la tabla de logaritmos para averiguar el precio de las patatas, con todo rigor científico, las señoras, por los dedos muchas veces, calculan y resuelven los problemas más dificultosos mejor que Inaudi.

No quisiera yo actuar solamente de jaleador y tocador de palmas en empresa tan loable. Desde ahora me ofrezco a las distinguidas señoras para cuanto crean que pueda serles mi cooperación de alguna eficacia.

Muy explotado está el teatro y cuanto con él se relaciona, para pensar en recargarle con un nuevo tributo. Algo queda todavía sin explotar, que bien pudiera explotarse en beneficio de tan buena obra. Los gorriones y los *pelmazos*. ¿Por qué no ha de cobrarse un impuesto de caridad sobre los vales? El que asiste gratuitamente a un espectáculo, con mayor razón debe pagar ese impuesto. Son muchos también los aficionados a curiosear en lecturas, ensayos, sobre todo en los generales. ¿No estaría muy en razón también que pagaran con algo las primicias y el fisgoneo? En todo lo de este mundo—¿no es verdad, viejos verdes?—las primicias es lo que más se paga. Sólo en el teatro son gratuitas.

Por mi parte, y desde ahora, fuera de los precisos operarios, como dice el cartel de las corridas de toros, a todo curioso, fisgón, *pelmazo* o buen amigo que asista al ensayo de una obra mía, le sablearé sin consideración alguna y pondré a disposición de las damas lo recaudado. ¿Que entonces no habrá curiosos? Por lo pronto, eso iremos ganando.

De cualquier modo, bueno sería que las empresas y los autores se pusieran de acuerdo para ex-

plotar a todo *pelmazo*.—Entiéndase lo de *pelmazo* en el mejor sentido de la palabra.—Cada cual puede aplicar este ingreso, que al cabo del año sería importante, a la obra meritoria más de su agrado y de su simpatía.

También pueden rendir un tributo los ejemplares regalados, las tarjetas postales firmadas y demás molestias hasta ahora gratuitas y, por lo regular, poco agradecidas.

Los tiempos son prácticos, pero como los escritores y artistas hemos convenido que no está bien serlo en provecho propio, sigamos siendo desprendidos y generosos; pero ya que hemos de padecer tanta *lata* por amor al Arte, que nos sirva a lo menos de satisfacción padecerla en provecho de alguna obra de caridad.



TEATRO PARA LOS NIÑOS

La distinguida escritora que firma con el risueño nombre de "Colombine", propone en un artículo, publicado en *España Artística*, la fundación de un teatro para los niños.

En España, ¡triste es decirlo!, no se sabe amar a los niños. Si no hubiera otras pruebas, bastaría esta falta de una literatura y de un arte dedicada a ellos. ¿Qué libros españoles pueden leer nuestros niños? De la literatura clásica, ninguno. El *Quijote* es una obra de desencanto, de desilusión, propia para la edad razonadora. Sería cruel que los niños rieran con *Don Quijote*, y más cruel que pensarán. De los escritores modernos, tal vez Galdós, en la primera parte de sus *Episodios Nacionales*, fué el único que escribió para los niños, sin proponérselo; quizás, por lo mismo, con mayor acierto.

Digo por lo mismo, porque los escritores que deliberadamente intentan escribir para los niños, suelen padecer el error de considerarlos demasiado pueriles y se creen en el caso de puerilizar su espíritu. Por esto las mejores obras para la infancia son las que no fueron escritas con intención de conquistarla. *Robinson Crusoe*, algunas novelas de Dickens... En cambio, ¡cuánta ñoñería, cuánta bobada en muchos cuentos y narraciones pensados y escritos especialmente para los niños, que no pueden por menos de aburrirles!

¡Un teatro para los niños! Sí, es preciso, tan preciso como un teatro para el Pueblo. ¡Ese otro niño grande, tan poco amado también y tan mal entendido!

Y en ese teatro, nada de ironías; la ironía, tan a propósito para endulzar verdades agrias o amargas a los poderosos de la tierra, que de otro modo no consentirían en escucharlas, es criminal con los niños y con el Pueblo. Para ello, entusiasmo y fe y cantos de esperanza llenos de poesía...

Y nada de esa moral practicona, que a cada virtud ofrece su recompensa y cada peccadillo su castigo; esa moral que convierte el mundo en una distribución de premios y pudiera resumirse en un dístico por el estilo:

No comáis melocotones
porque dan indigestiones.

La verdadera moral del teatro consiste en que, aun suponiendo que Yago consumara su obra de perfidia, coronándose Dux de Venecia, sobre los cadáveres de Otelo y Desdémona, no haya espectador que entre la suerte de uno y otros no prefiera la de las víctimas sacrificadas a la del triunfador glorioso.

La verdadera moral está sobre los premios y sobre los castigos, está en lo más hondo, en lo más íntimo de nosotros mismos, allí, donde está Dios, siempre que queremos verle y oírle... Consiste en una limpieza espiritual de la que sólo nosotros gozamos. Nadie piensa al lavarse todo su cuerpo en que ha de ir desnudo por la calle, se lava uno por propia satisfacción y limpieza... Y aunque la ropa sea mala, va más tranquilo el que así se ha lavado que los que, muy bien vestidos, sólo se lavaron la cara y las manos.

Esta moral es la que conviene al teatro y al arte dedicado a los niños y al Pueblo.

La amable escritora cita mi nombre entre los de otros escritores, que, seguramente, no dejarán de escribir obras para ese teatro. Por mi parte, ¡nunca con mayor ilusión, nunca también con mayor respeto a mi público!

* * *

El teatro de los niños es una de tantas ilusiones más; pero nada de monopolizar ideas; no es mía sólo: son muchos los autores dispuestos

a realizarla. Uno de ellos, el simpático López Marín, se propuso nada menos que edificar un teatro de nueva planta, para este especial objeto. Echóse a buscar capitalistas con el mayor optimismo. No le acompañó en él, no tratándose de consagrar como primera tiple a una corista distinguida por algún ricacho de aluvión o de abrir una nueva tabajería escénica de carnes averiadas, bases de los más sólidos negocios teatrales. Ignoro el resultado de sus gestiones. Pero, en fin, con dinero o sin él, con nuevo teatro o en cualquiera de los muchos existentes, el Teatro de los Niños empezará en la próxima temporada, modestamente, como un ensayo. Como los empresarios grandes tienen bastante en qué pensar con su gran público, preferiremos un pequeño empresario y un pequeño teatro: Fernando Porredón y el Príncipe Alfonso.

No es tan fácil como parece divertir a los niños, sin aburrir demasiado a los grandes. Los niños modernos nacen enseñados. ¡Oyen unas cosas en casa! El numeroso repertorio de obras infantiles con que cuenta el teatro inglés, no es aprovechable. Demasiado inocente. No por lo fantástico de sus asuntos, casi siempre basados en los cuentos de hadas más populares; no soy de los que abominan de la fantasía en la educación, como el maestro de *Los tiempos difíciles*, de Dickens, con su muletilla: ¡Hechos, hechos! Al contrario, es preciso huir de toda pre-

tensión docente, y mucho más, utilitaria. Lamartine abominaba de las fábulas de Lafontaine, como obra educadora. Tenía razón; su moralidad, mejor dicho, inmoralidad practicona, desengañada, toda malicias y desconfianzas de rústico, es deplorable para el espíritu de los niños, abierto siempre a la generosidad y a la esperanza.

Contra la opinión de Lombroso, que ve en el niño a un pequeño salvaje y casi a un criminal en germen, y asegura que todo niño es egoísta, embustero y ladronzuelo, menos uno que era un encanto; uno que se le murió al doctor... ¡Oh, bancarrota de la ciencia en esta página de uno de sus libros, que contradice con lágrimas la afirmación rotunda! Yo creo que todos los niños son buenos... hasta que los padres y los educadores los hacen malos.

Cuando se oye a algunos padres decir: ¡Qué niño este! ¡Es muy malo, muy malo!, pensad siempre: Y ustedes, ¿son ustedes buenos? Lo que hay es que el niño manifiesta sin fingimiento las malas cualidades que los padres encubren con la hipocresía que da la experiencia. Cuando ellos se lamentan de que el niño les pone en ridículo, sacando a relucir los defectos de alguna visita, ¿no será que el niño les oyó murmurar en su presencia de todos los conocidos y amigos?

Sucedé muchas veces que el niño es quien no puede explicarse por qué sus padres y los mayo-

res de la casa hablan siempre mal de alguna visita que él no encuentra antipática por ningún estilo. Claro es, que en fuerza de oír cómo los mayores la ridiculizan y menosprecian, él acabará también por retirarles su simpatía, aun sin explicarse las razones.

Cuando reprendéis a un niño porque trata con altanería a un criado, ¿estáis seguros de que no imita vuestro tono, al reprenderle cuando cayó en vuestro desagrado? Por lo regular, muchos padres sólo reprenden a sus hijos cuando les molestan a ellos, aun con juegos o travesuras propias de niños; en cambio, son de una lenidad punible cuando molestan a los demás, con cosas que suelen ser aprendidas de los padres.

Entonces, dirán ustedes: más que un teatro para divertir a los niños, hacía falta uno para educar a los grandes... Sería inútil. Habría que cerrarlo. Parecería inmoral.

* * *

Me preguntan, unos de buena fe, otros acaso con la misma intención con que el cura del cuento preguntaba al muchacho si, puesto que Dios estaba en todas partes, estaría también en el corral de su casa; para poder decir: ¡Cogíte!, si en el futuro teatro de los niños tomaran parte principal actores infantiles. No, señores, no; no hay cogíte, que en casa no hay corral. Y si el teatro de los ni-

ños a divertirlos ha de estar dedicado, mal cumpliría, si para divertir a unos había de mortificar a otros. Cuando alguna obra exija algún personaje infantil, niña o niño, no faltarán zangolotinos de ambos sexos que sepan dar al público la ilusión de la infancia.

Garridos muchachotes fueron Ofelia y Julieta, en tiempos de Shakespeare—sin que el autor de *Un drama nuevo* se hubiera enterado.—Y después de todo, de la juventud a la niñez no es tanta la distancia como de la juventud a la madurez bien madura, y todos los días vemos en esos teatros galanes y damas polleando—sobre todo, damas, que ya eran gallos, con sus patas de lo mismo y todo, cuando uno estaba en plena edad del pavo. Como que al verlos suspirando amores, más o menos contrariados, le dan a uno ganas de vestirse de marinero y rodar una naranjita, si no fuera el temor, que ellos no tienen, a la voz implacable que oyó en semejante caso el famoso Sr. Patiño.

No quiere esto decir que, el estudiar y representar comedias, no sea conveniente para los niños. Es un buen ejercicio de memoria, de entendimiento y de pulmones; se adquiere, además, soltura y elegancia en la dicción y en los modales. Para niños están escritas y para ser representadas por ellos, numerosas comedias inglesas, y ¿quién duda que los ingleses saben educar a sus niños? Pero una cosa es representar particularmente para recreo propio y de los amigos, y otra la profesión

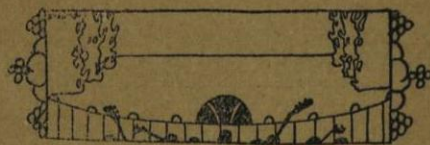
teatral, más agradable en apariencia, pero no menos nociva que otras para la salud de los niños.

Tranquilícense, pues, los que quisieran verle a uno cogerse los dedos a cada paso. En el teatro de los niños no habrá más niños que los espectadores.

Ya pareció Maese Reparos; y ¿cómo pudiera faltar? Con motivo de la inauguración del Teatro para los niños, hay quien advierte que los niños están mejor en el campo que en el teatro. ¿De veras? ¿Creen ustedes que yo lo había puesto en duda por un momento? Sólo que... ¿Campo en Madrid y en invierno? Yo sólo creía que, dado el egoísmo de ciertos padres, incapaces de privarse de un espectáculo impropio de niños y capaces de llevarlos al teatro, lo mismo a un terrible drama con su buen adulterio, que a una chulería del género chico, donde nada bueno pueden oír los muchachos, siempre sería preferible que existiera un teatro en que, aunque por sistema no se moralice, nada se oiga al menos que pueda manchar, esta es la palabra, el espíritu de los niños.

No es que yo considere ese teatro como remedio de todos los males; supongamos que es un mal menor: ya será algo. Pero, francamente, de eso a que unos cuantos señores, a quienes nunca se les ocurrió protestar por ver a los ni-

ños en otros teatros, nos vengan ahora con la monserga del campo y del aire puro, a propósito del Teatro para los niños, hay la distancia del criticarlo todo al hacer algo, aunque sea poco. Yo no me considero un héroe ni un bienhechor de la humanidad por haber patrocinado ese teatro, pero tampoco es para que se me considere como un malhechor. Con menos trabajo y menos entusiasmo, un par de piezas sicalípticas me dejarían más en limpio. ¡Bello país! ¡Cuántas veces hubiera uno emigrado si no hubiera uno aprendido a despreciar desde muy joven!



EDIFICIOS ESCOLARES

Joaquín Dicenta ha presentado al Ayuntamiento de Madrid una razonada Memoria: Proyecto para construcción de edificios escolares.

Esta obra, que, llevada a la realidad, debiera ser la mejor obra de quien tantas obras admirables ha escrito, porque es como el resumen de todas ellas, no ha sido admitida, a lo que parece, por la empresa a quien estaba destinada. Los hombres de carne y hueso, aunque tengan también corazón y cerebro, no son tan fáciles de manejar como los personajes teatrales, creación de nuestra fantasía, aunque materiales de la realidad los informen. Pero es una realidad sumisa a nuestro esfuerzo creador. Por lo pronto, los personajes dramáticos viven con muy poco. Esta otra ilusión de Joaquín Dicenta, que aspiraba a ser realidad en

la práctica, es mucho más costosa. Pero es de esas obras que el público debe imponer a una empresa, porque el público tiene derecho a ello. Esa obra no puede ser un fracaso. Y, en todo caso, nunca sería un fracaso del autor, sino de la empresa que no ha querido admitirla.



LA EXPOSICIÓN DE LA INFANCIA

Se anuncia en Madrid y para fecha próxima una Exposición, la más simpática y la más conveniente para ejemplo y estímulo de todos: la Exposición de la Infancia.

De todos los dicitos con que el mayor enemigo de España pudiera ofendernos, el de infanticidas sería, quizás, el más merecido.

No será Malthus nuestro previsor apóstol; pero es, en cambio, Herodes, el buen reparador de nuestra prolifera impresión. Tan descuidados sembradores como descuidados cultivadores y recolectores. Al celo previo, en que cualquier hombre se iguala al animal, no corresponde el celo ulterior por la prole, en que cualquier animal puede dar lecciones al hombre.

Y no haya ofensa para las madres y los padres